

**Beatriz SARLO.** *Viajes. De la Amazonia a las Malvinas.* Buenos Aires: Seix Barral Biblioteca Los Tres Mundos, 2014. 267 pp. ISBN: 978-950-731-800-9.

---

La hechura del intelectual es un proceso heterogéneo que no se asienta en reglas fijas. Hay un denominador común en torno al estudio y a la subsiguiente tarea reflexiva, pero la actitud vital a la hora de confrontar experiencias, socializarse, en un medio de naturaleza cambiante según las coordenadas temporales y espaciales, supone la gestación de una traza peculiar para cada persona. Tener o no una predisposición viajera es también una cuestión relevante para configurar una biografía concreta. Las tipologías son diversas y sitúan en un extremo, por poner dos ejemplos coetáneos en la cultura alemana, a alguien como Kant, que nunca abandonó su Königsberg natal, y en otro a Goethe, que abrevó en Italia mucho de su conocimiento.

Los viajes han sido considerados siempre ejercicios de aprendizaje que muchas veces, sin embargo, no han trascendido explícitamente en la tarea intelectual de la persona cuya trayectoria y obra en un determinado momento nos preocupa. Si bien hay viajes que tienen un carácter iniciático por el momento temprano de la vida que se realizan, hay otros que se llevan a cabo a lo largo de la existencia cuyo sentido formativo tiene un perfil que va parejo con la consolidación de la madurez. Alguien podría refutar esta distinción abogando por el componente de iniciación que cualquier viaje a la edad que sea tiene para quien lo realiza.

El mundo académico sabe de los pasos curriculares dados por sus miembros a través de sus publicaciones o de sus cursos y conferencias, pero desconoce prácticamente todo del peso jugado en su formación por este tipo de expresiones que más de uno podría considerar banal como son los viajes. Además, hay cierto prurito entre los propios académicos para develar cuestiones que, por definición, pertenecen al ámbito de lo privado y que, en términos profesionales, tienen una connotación más subjetiva que les proyectaría inmediatamente como obras no científicas o, como mucho, como trabajos menores.

Beatriz Sarlo (Buenos Aires, 1942) es una de las más interesantes, a la vez que prestigiosas, intelectuales argentinas cuya voz se escucha tanto en el debate académico desde hace no menos de tres largas décadas como en el debate político mediático. Autora de una larga producción científica en un ámbito a veces difícilmente clasificable de la sociología de la literatura y del pensamiento, y que hoy se puede encuadrar en el mundo de los estudios culturales, ha dado un gran paso al frente al publicar un libro donde rememora alguno de sus viajes cuando era veinteañera al mundo andino (el norte argentino y Bolivia), a la amazonia peruana y al Brasil de la recién construida Brasilia, y otro llevado a cabo hace apenas tres años a las Malvinas cuando se conmemoró el trigésimo aniversario de la guerra.

Ella misma se declara una viajera ideológica no solo por aquellos viajes sino por la forma en que siempre ha viajado teniendo por tal a alguien «cuya literatura de ruta no

son los manuales ni las guías sino los libros de historia y política, los manifiestos, los periódicos» (p. 30). De esta manera, el viaje asume un componente fundamental en su proceso de formación como joven imbuida de «optimismo epistemológico» (p. 101). Ella se integra en un grupo que no eran «ni vendedores ambulantes, ni misioneros» (p. 161), las dos únicas categorías de viajeros foráneos presentes en la región entonces.

Sin embargo, lo interesante del libro de Sarlo es también el hecho de constituirse como una especie de retrato coral que no solo abarca a ella sino siempre a los compañeros que la acompañan, circunstancia que hace proyectar su vivencia en voz generacional en el sentido de pertenecer a una categoría imaginaria como era la de ser «jóvenes latinoamericanos en búsqueda de América latina: un espacio y un tiempo futuros» (p. 78); estudiantes que podían no estar preparados para su encuentro, que incluso pudieran «no merecerla» (p. 97). Ver era conocer, bajar a la mina en Oruro era «como si una misión se hubiera cumplido» (p. 99). La ida al «santuario latinoamericano» (p. 105) era, en fin, una promesa que había que cumplir envuelta en la idea de que «América latina no era un libro abierto, sino un libro que aun debía escribirse» (p. 133); profesaban «la fe ultraempiricista de que para conocer América latina había que trasladarse a pie» (p. 166). Pero también se trata de asumir un credo colectivo que se había ido imponiendo en la región desde la década de 1950 que no era otro que el desarrollismo («gente de izquierdas o peronistas nacionalistas con un sustrato desarrollista», p. 160).

Esta búsqueda de un propósito reconocido da al texto una fuerza notable, inspirada en Walter Benjamin y la idea de que el viaje cumplía una función utópica, haciéndole trascender al clásico libro del viajero en el que se transcriben las notas tomadas en cuadernos ocultos en el fondo de cajones desde mucho tiempo atrás reelaboradas literariamente. El relato se alza como imprescindible para entender por qué Galeano se convirtió en el Mesías de una generación pendiente de situarse en la Historia. La visita y posterior entrevista a Quiroga Santa Cruz, quien sería asesinado en 1980, así como las experiencias con la comunidad indígena en el Amazonas o la evaluación de la muy valorada intervención en el territorio en Brasil –con rascacielos emergiendo de la selva–, suponen claves básicas para entender el último cuarto del siglo pasado porque, como Sarlo afirma, «el presente se ordenaba desde el futuro» (p. 161).

Lo iniciático del viaje no se liga exclusivamente con la edad temprana del viajero. Sarlo lo demuestra cuando viaja a las Malvinas en 2012 para realizar un reportaje periodístico en relación con el plebiscito que se llevó a cabo en las islas aquel año. El impacto de las diferencias culturales, el choque con la Historia, la evidencia de lo contradictorio le provocan una notable violencia en sus sentimientos, algo que transmite con vigor convenciendo al lector, frente al inevitable repudio de los redentoristas nacionalistas, de la imposibilidad de las visiones monocolors, de las interpretaciones simplistas. Ello es así porque la historia descansa en dos hipótesis (o ilusiones), que «es única o primera» y que «es representativa y que, pese a las distorsiones, mantendrá un tenor de verdad» (p. 220).

Manuel ALCÁNTARA SÁEZ  
*Instituto de Iberoamérica*  
*Universidad de Salamanca*